

INOCENCIO F. ARLAS

CON PAJARITA Y SIN TAPUJOS



De la superioridad
moral de la izquierda
a las ocurrencias
de Trump y el
problema nacional

El hombre de la pajarita regresa para poner la actualidad patas arriba. Inocencio F. Arias, una de las voces más sabias y divertidas de nuestro país, reflexiona sobre los temas más polémicos con humor, ingenio y sin pelos en la lengua.

Desde el auge de los populismos hasta el debate de los nacionalismos, de la América de Trump al terrorismo islámico, pasando por el Brexit, la reforma de la Constitución o WikiLeaks, Chenchó Arias pone el dedo en la llaga, sin casarse con nadie, en los problemas que aquejan la España y el mundo del siglo XXI. Lo divino, lo humano, lo celestial o lo terrenal, nada escapa a su afilada pluma y su mirada inquisitiva.

Un libro ameno, original y políticamente incorrecto sobre lo que sucede en este mundo loco en el que nos ha tocado vivir.

Introducción

Cuando Plaza & Janés, por boca del convincente Alberto Marcos, me ofreció escribir este libro, pensé por un momento que abordaría únicamente cuestiones de política internacional. No sólo porque he pasado más de cuarenta años en la diplomacia y la política exterior es mi afición, aparte de la que siento por el desmayado Real Madrid, sino, más aún, porque estaba totalmente saturado, en las tertulias radiofónicas, la COPE..., o televisivas, en las que tomaba parte, de darle vuelta a los mismos temas: la lucha partidista, a veces cortoplacista, la tesis y el libro del doctor Sánchez, las vicisitudes, dolorosas a veces, de la cuestión catalana con la equivocada confianza del PP de la época en su manejo, y la corrupción –los ERE, Gürtel, cursos de formación– mayor en volumen y reiteración que la existente en la época de Franco.

Creí ingenuamente que dada la agitación existente en la escena internacional originada con la llegada del locuaz y tosco Trump, amén de otros acontecimientos a los que él es ajeno, el libro podía quedar aseadito quedándome en la pista exterior. No pudo ser así. La editorial me apremiaba para que incluyera asuntos de nuestro país y hube de aceptarlo. Un día te encontrabas leyendo las *Acotaciones de un oyente* del lamentablemente olvidado Wenceslao Fernández Flórez y te percatabas de que el victimismo gratuito e hiriente de los separatistas catalanes ya había sido recogido en 1931 por el agudo escritor gallego al que, leyéndolo, se le intuye tascando el freno al oír eslóganes o

declaraciones parecidas al «España nos roba». Igual que uno de nosotros. Ni siquiera Fernández Flórez pudo imaginar que en los colegios catalanes pudiera ver inspectores para sancionar al que hablara castellano en el recreo.

En otra ocasión, reflexionabas sobre los cambios en el tablero internacional, la distribución del poder, la mejora del nivel de vida de centenares de millones de personas, la transformación de las costumbres... cuando te venía a la cabeza que para cambio, el de España. No es que desaparecieran entre nosotros el sombrero, el luto, los telegramas y los serenos y que ahora la corbata y los periódicos estén de capa caída (hay diarios nacionales que no llegan a las Canarias), es que hemos pasado de una absurda situación decimonónica en la que la mujer no podía viajar al extranjero sin la autorización del marido y había de «seguirlo doquiera éste fijara su residencia» a la actual, evidentemente más justa y lógica pero, llevando el péndulo hasta el otro extremo, en la que se llega a decir desde altas esferas que «la mujer tiene razón sí o sí». Aserto que aparte de infantil tiene un aroma de Mussolini, un político que siempre llevaba razón. Hube también de hincarle el diente.

Metidos en aforismos pueriles, incluso estultos, choqué con aquél, no sé si leyendo un libro de Trapiello que me remontó a mi juventud y niñez u otro de Chaves Nogales, de la «superioridad moral de la izquierda». No cabe mayor sandez, sobre todo si se la afirma con rotundidad y claro convencimiento. El empacho, fílmico y novelístico de los últimos años, sobre las maldades de los franquistas y la proba actitud de los republicanos en la Guerra Civil se daba de bofetadas con alguno de mis recuerdos. Yo me había criado en un pueblo en el que en las paredes de su iglesia se desplegaban los nombres de 82 personas fusiladas por los republicanos en los primeros días de la contienda. ¡82! Recordé, curioso porque mi madre nunca escarbaba en esto, que un tío mío joven, recién graduado en

farmacia, tuvo que vivir escondido dos años en otro pueblo porque lo querían apiolar debido a que su familia era religiosa; mi primer jefe había visto que a su padre y a su hermano les daban el paseo fatídico en agosto del 36; un pariente mío, del que nunca me hablaron, había sido torturado y ejecutado estrictamente por ser sacerdote; mis colegas chilenos habían acogido a centenares de personas en su embajada porque los republicanos podían despacharlos para Paracuellos... La lista para el que quiera es larga. Llegué a la conclusión de que si en el franquismo nos habían lavado sectariamente el cerebro con lo malos que eran los «rojos», ahora había otra ola avasalladora en sentido contrario: los franquistas, todos, eran unos desalmados, antes, durante y después de la guerra, y los republicanos, salvo algún elemento aislado e incontrolado, eran gente bien intencionada que no había cometido fechorías.

La tesis es risible. Tan jocosa como la de afirmar que en el campo internacional los desmanes provienen normalmente de la derecha, o aquella otra de que en la derecha la corrupción es algo sistémico, que está en su ADN, cosa que no se puede afirmar de la izquierda. (La mitificación del Che Guevara, si has estudiado el personaje, también es para gente imberbe, romántica e impresionable). Lo chocante no es que esta sensación de superioridad moral esté extendida entre la progresía, sino que muchas personas la creen a pies juntillas. Cuestionarlo es casi blasfemo. Por grotesco que parezca está más arraigado que el dogma de la Inmaculada en un católico. Hube asimismo de agitarla un pelín en mis reflexiones para el libro a riesgo de parecer fascista con la equiparación. Ventajas de estar entrado en años. (¡Qué diría algún político si coloco al mismo nivel ético a sus dos abuelos, al republicano y al nacional!).

Si el panorama nacional está convulso –un militante del PSOE de hace quince o veinte años te hubiese retado

a un duelo «hasta que brotara la sangre» si le decías que podía llegar el momento en que su líder subiera al poder con la ayuda decisiva de políticos que quieren romper a España sin dilación y con la de herederos de la terrorista ETA—, no menos agitado está el internacional, al que he dedicado más espacio. Aflora aquí igualmente lo inesperado. La llegada del lenguaraz e inquietante Trump a la Casa Blanca deja perplejos a los europeos que, llenos de voluntarismo, especialmente en España, suspiran por que sufra tropiezos desde el primer día. Casi le negamos la legitimidad, no queremos ver sus logros, de los que no es el menor que ha trufado el Supremo con gente de su ideología, y rezamos por que lo inhabiliten. No nos damos cuenta de que puede ser reelegido aunque implique imprevisibles consecuencias.

Similar ignorancia o ingenuidad es el tratamiento del tema de la emigración. Una cosa es que España deba ser generosa, otra, suicida, que abramos las puertas de par en par.

Imprevista asimismo es la fulgurante subida de China, espectacular, casi increíble por sus características, un país comunista en el que hay muchos millonarios, y su magnitud, pero que es codiciado y adulado —su mercado, sus inversiones, sus millones de turistas—, mientras que empieza a alarmar a Estados Unidos, su rival y gran deudor económico, y a todos los países del Pacífico que atisban ya la voracidad estratégica del país más poblado de la tierra. Parecidamente imprevisible hace un par de décadas es la espantada y el declive de Gran Bretaña, cuya desintegración ya no es descartable, el desdibujamiento de Europa, persistentemente dividida, en el teatro del mundo, y el papel cada vez más secundario de la ONU. Kissinger espetó a un subordinado que no le «diera la lata con esas chorradas de las Naciones Unidas», y el comentario peyorativo habrá sido utilizado por más de uno de sus sucesores.

Me he relajado además con unas consideraciones sobre la influencia del sexo en la política, alegrado con la aparición con fuerza de la mujer en el fútbol, algo que traerá consecuencias benéficas, saludado nostálgicamente el mutis del rey Juan Carlos y realizado algunos pinitos humorísticos, primordialmente en varios capítulos: «La Constitución», «Acotaciones de un televidente (show en las Cortes)» y algún otro.

Ojalá el amable lector no se aburra. Llegará algún varapalo a mis espaldas, normal cuando te pronuncias, pero espero que sea sólo de un sectario. He querido escribir el libro con un poco de humor y, de verdad, sin acritud. Semanas antes de que se desencadenara la brutal guerra mundial, el fino observador Stefan Zweig afirmó que «creer en una guerra mundial entre naciones europeas es como creer en brujas y fantasmas». Espero no haber desbarrado yo con mis conjeturas.

INOCENCIO F. ARIAS

1

La superioridad moral de la izquierda

MI PERPLEJIDAD

Hay cuestiones que cuando uno va teniendo cierta edad no acaba de entender. Axiomas, dichos populares y «verdades» incontrovertibles que empiezas a cuestionar.

Una de ellas es la superioridad moral de la izquierda; muy extendida aunque, si uno mira a su alrededor, no se tiene en pie.

En los sesenta, cuando estudiaba Historia para entrar en la diplomacia, tuve la osadía de preguntarme por qué Hitler era un malvado cabrón y Stalin un político con aspectos censurables pero aceptable. Y pensé: ¿acaso no eran dos figuras políticas execrables, dos tiranos similares en sus atrocidades?

Ya entonces, con más audacia aún y temor de que me llamasen de todo, empecé a preguntarme si podía ser verdad que el bando franquista en la Guerra Civil cometiese toda clase de tropelías sistemáticas, mientras que en el republicano fuesen unas poquitas aisladas y siempre obra de elementos incontrolados.

En el campo de la diplomacia tampoco entendía por qué la intervención de Estados Unidos en Irak era espan-

tosa, violadora de principios del derecho internacional, mientras que la de la Unión Soviética en Afganistán, aunque no elogiabile, podía resultar comprensible, neutra. Igual ocurría con el apoyo de Putin al régimen actual de Siria, que, por cierto, gasea a su población con armas químicas. No aplaudimos, pero nos resbala; no nos indignamos, como sí ocurre con los estadounidenses.

En España también me deja perplejo escuchar de adultos bien formados que no se puede comparar el caso Gürtel pepero con los ERE sociatas. El primero, te argumentan con seriedad, muestra que la corrupción es algo sistémico, innato en la derecha, mientras que los ERE son cosas aisladas, con cifras que han sido muy exageradas y, ¡acójónate, Pereira!, el dinero de los ERE «se repartía entre mucha gente, no iba a parar al bolsillo de unos cuantos burgueses aprovechados» (sic).

Hay un jeroglífico que también tiene miga, y no poseo las luces para desentrañarlo: ¿por qué Vox es un partido fascista y Podemos es plenamente democrático? No logro verlo. El grupo de Abascal quiere meterle mano a las autonomías, localizar miles de emigrantes ilegales y, eventualmente, enviarlos a su país. No he leído, sin embargo, que quiera recurrir a las armas para limar las autonomías ni castrar a los emigrantes varones y levantar la toca de las emigrantes islámicas para pelarlas al cero. El grupo de Podemos llama a la gente a las barricadas al ver que Vox saca pacíficamente 400 000 votos en Andalucía, no acaba de ver clara la separación de poderes y, entre otras cosas, estaba encantado al nacer cuando en la Puerta del Sol se exhibía aquella frase inmortal de que «la soberanía no está en las Cortes sino en esta plaza». Aserto este que te pone un pelín los pelos de punta: huele a frase de las Juventudes de Hitler o de los sóviets rusos.

Esta distinción entre los dos partidos me turba al no entenderla. He paseado por el campo a solas dándole vueltas. Sin éxito. Una noche me desveló la sutil diferencia,

y mientras mi mujer, quejándose de que no duermo bastante, me pedía que volviera a la cama, le contesté casi bruscamente que me dejara cavilar porque no veía la luz en algo trascendental. Refunfuñó algo como que empiezo a chochear.

Entré por fin en una iglesia. Estaba desierta. Era un buen momento para meditar e imploré, primero a la Inmaculada y luego a santa Rita, abogada de lo imposible, para que me resolvieran el acertijo, para que me mandaran una señal aclaratoria. Nada. Silencio.

Al abandonar el templo me topé con un compañero en activo que, quejoso, empezó a hacerse cruces con algunos nombramientos de embajadores del gobierno Sánchez. (Es un tema recurrente en las conversaciones en el diplozoo: el nuevo gobierno ha trufado las embajadas con adictos ideológicos. Cuando éste cambia, se repite la cantinela de diplomáticos del signo opuesto). Lo escuché distraído. Yo estaba con mi duda kantiana. En un momento me pareció oír el nombre de alguien totalmente incompetente que había sido nombrado para una embajada de cierto peso. Mostré mi extrañeza e inquirí sobre las razones: ¿era del partido del gobierno?, ¿era íntima del nuevo ministro? Mi interlocutor, obsesionado con un tema trivial como el de los nombramientos e ignorante de la duda que me atenazaba en uno mucho más importante, me dijo: «En el ministerio hay explicaciones que los pecadores no entendemos y diferencias, ¿inexistentes?, que no acabamos de captar».

Me había dado la clave. La providencia, muda en el templo, me enviaba el mensaje por boca del colega: no te obsesiones, las diferencias pueden ser inexistentes, y a lo mejor resulta que Vox no es más fascista que Podemos. (Que los «pacíficos» demócratas de la CUP bramen contra el fascismo agresivo de Vox, mientras zarandean, acosan e intentan abortar una conferencia de la pepera Cayetana Álvarez de Toledo, me plantea asimismo problemas de

comprensión. Una vez más, esto es fascismo de izquierdas).

El ejemplo de Vox y su fulminante descalificación me convenció de nuevo de que la sociedad española actual es mucho más permisiva con los pecadillos de la izquierda, mucho más intransigente con los de la derecha, y más importante aún: es una confirmación de que mucha izquierda está imbuida de la convicción, casi religiosa, de que la base ética de su actuación es normalmente elevada, de que *su constante superioridad moral no admite discusión*.

Es una creencia totalmente pueril, absurda, desmentida a diario rotundamente por los hechos, pero profundamente arraigada incluso en mentes muy sensatas de la izquierda. Recuerdo el comentario de un honrado y lúcido exministro socialista cuando alguien le reprochó que, si Aznar había estado asesorando a Iberdrola, también González lo había hecho con Endesa. El exministro contestó que los dos casos no eran comparables, que «sólo había que mirar el pasado y la trayectoria de Felipe González para darse cuenta...».

Yo no veía nada reprochable en esas asesorías; respeto enormemente a José María Aznar y a Felipe González, he trabajado muy a gusto con los DOS y el matiz del interrogado me sumió en la confusión.

¿Quería con ello decir el antiguo ministro que la trayectoria honesta de González era conocida mientras que el pasado de Aznar era un tanto vidrioso? Algo quedaba flotando en el aire. ¿Era Aznar moralmente tortuoso? ¿Se había llevado el dinero cuando estaba en Castilla y León? ¿Había acosado sexualmente a dos secretarias y a un bedel? ¿Le había construido gratis una mansión una constructora a cambio de favores? ¿Había copiado repetidamente en la universidad? ¿Le habían hecho la tesis y no lo habían sancionado por ser su papá muy amigo de un ministro franquista? Algo tenía que haber hecho con su bi-

gote siniestro si su asesoría no era nada comparable con la de Felipe González.

La respuesta del no nombrado ministro era infantil pero espontánea. Se trataba de alguien serio y honrado. Pero debía de estar embriagado desde pequeñito con la superioridad moral de la izquierda. Cuando ésta hace algo censurable o parece serlo –tanto González como Aznar no habían incurrido en nada reprobable–, la reacción inmediata es que: a) tal cosa no se ha producido; b) si se ha producido, está totalmente exagerada por la derecha; c) la situación no tiene equivalencia con un hecho similar de la derecha, o d) la situación fue producto de una emergencia y hay que desentrañar las razones por las que se produjo. Esta negación o interpretación *pro domo* de los hechos es frecuente en cualquier partido político. Los demás no están exentos de culpa. Para nada. Ahora bien, son menos proclives a restregarte, con absoluta fe, su superioridad moral. De ahí que le dediquemos un capítulo.

Examinemos tres períodos: nuestra Guerra Civil y el franquismo; la Guerra Fría, y la situación actual en España.

GUERRA CIVIL

Es un hecho evidente y aceptado, excepto por algún sector de la derecha, que el alzamiento del 18 de julio de 1936 fue un levantamiento, una rebelión, contra un gobierno que, sectario o no, era un gobierno legítimo.

Esto es archisabido y admitido. Lo menos sabido y escasamente aceptado es que la izquierda, con el Partido Socialista profundamente involucrado, intentó hacer lo propio dos años antes, sublevarse, porque la derecha había ganado las elecciones y eso era difícilmente asumible. Los socialistas se levantaron aunque la CEDA, que había ganado, ni siquiera se hacía cargo del gobierno como parecía lógico, sino que se limitó a entrar en él con tres car-

teras. Esto resultaba insufrible para la izquierda. Largo Caballero sería el inspirador de la revuelta e Indalecio Prieto compró armas en Bélgica para la insurrección. Años más tarde (México, 1942), don Inda admitiría honestamente que «se consideraba culpable de haber participado en ese movimiento revolucionario». En septiembre de 1934, *El Socialista* había proclamado: «Que todo el mundo renuncie a la revolución pacífica, a una utopía; bendita sea la guerra».

Eso fue lo que hubo en 1934: una breve pero cruenta guerra civil que el gobierno de la República ganó sometiendo a los mineros asturianos y a los sublevados. Esa rebelión la historia actual la niega u oculta, y a mucho escritor socialista le entra amnesia al considerar numerosos aspectos de la Segunda República, aunque Madariaga haya escrito que «con la revuelta de 1934 la izquierda perdió los vestigios para condenar el alzamiento de 1936».

Ya hemos calificado de ilegítimo el alzamiento que originó nuestra infausta Guerra Civil, aunque existan estudios documentados que muestran que en las elecciones de febrero de 1936 hubo pucherazos puntuales que favorecieron a la izquierda. Veamos la contienda.

En nuestra niñez y juventud en pleno franquismo se nos comió el coco con frecuencia sobre la maldad de los «rojos» y las barbaridades que hicieron. Me crié en un pueblo andaluz en las paredes de cuya iglesia estaban los nombres de setenta y dos personas a las que los republicanos habían «dado el paseíllo», es decir, que los habían montado en un camión, sin juicio, y en una carretera les habían pegado dos tiros. Cuando alcanzaba la pubertad empecé, con todo, a dudar de esa maldad innata de los rojos. Los que había en el pueblo parecían claramente pacíficos, y en un par de ocasiones mi madre había dicho que tal persona «era muy rojo pero muy buen hombre, un tío honrado a carta cabal», o que tal otro era «un exaltado

de izquierdas pero incapaz de matar una mosca o de robar».

Aquello de que los rojos, metiéndolos a todos en el mismo saco, eran desalmados, crueles y sinvergüenzas ya no acababa de casar. Otro día me enteré de que don Augusto Álvarez, un abogado amigo de mi padre, había sido condenado a muerte en 1940 «por ser muy rojo». Me resultaba incomprensible. Aquel señor parecía cívico y bien intencionado. ¿Cómo era posible que hubiera sido condenado a muerte? Y, por otra parte, ¿por qué en una foto de 1946 estoy yo, junto a él y mi padre, encorbatados ellos, renacuajo endomingado yo, paseando por la plaza del pueblo? Descubrí entonces dos cosas: que ni aquel señor de izquierdas era un desalmado sanguinario y sinvergüenza, y que ni el régimen de Franco había pasado por las armas o hecho sufrir penas de treinta años a todos los que juzgó en los meses siguientes a la guerra. La historia era más compleja que la narración que se nos hacía.

Es un hecho, sin embargo, que nuestra niñez y juventud fueron bombardeadas con la propaganda del régimen de Franco: el alzamiento del 36 estaba plenamente justificado, en la contienda ellos no habían hecho nada censurable y los contrarios, todo el mal previsible.

Eso no era creíble y en los años sesenta ya empezaba a oír y comentar abiertamente tropelías de ambos bandos. Con la democracia, sin embargo, el péndulo ha ido casi al otro extremo. La izquierda perdió la guerra pero viene ganando la batalla de la propaganda. De forma descarada y casi aplastante. Nuestra filmografía reciente está llena de relatos en que los franquistas, durante la guerra y después de ella, son sistemáticamente los malos y los del bando contrario, honestos e incluso angelicales.

Una de las razones por las que decidí redactar este capítulo es por dos hechos de los que tuve conocimiento en estos años y que he mencionado en otro libro: el inexplicable bombardeo de Cabra, un objetivo demostrado no

militar, por dos aviones rusos republicanos bastante al final de la guerra y que causó más de cien muertos. El *ABC* de Córdoba titularía: «Un centenar de muertos y otro de heridos, ancianos, mujeres y niños en su mayoría. El Mercado de Abastos, un Colegio de niñas y un barrio modesto, bombardeados y ametrallados».

La diferencia narrativa con *Guernica* es pasmosa. El bombardeo de Cabra simplemente no existe, es ignorado. Hugh Thomas, el especialista británico que escribió que «nuestra guerra fue una serie de acontecimientos lamentables en los cuales nadie de importancia actuó correctamente», no menciona Cabra en su monumental obra. Mientras tanto *Guernica* es, con mucha diferencia, el hecho militar más comentado de nuestra contienda. Ha influido el cuadro de Picasso, que, por cierto, no lo regaló. Cobró por hacerlo.

El segundo suceso chocante lo viví en un pequeño pueblo granadino al que acudí a dar una charla. Durante la cena, la teniente de alcalde, una comunista que respiraba sinceridad y amabilidad, me comentó que la bodega en que nos encontrábamos había sido una cárcel de los franquistas en la guerra y allí habían pasado muchos meses varios demócratas republicanos. Me resultó raro porque todos los pueblos de la comarca habían sido republicanos durante toda la lucha fratricida y parecía chocante que el lugar fuera una isla nacionalista dentro de aquel mar rojo. Mi interlocutora insistió, pero, ante mi extrañeza, educadamente se levantó excusándose, para volver al poco diciendo: «Llevaba razón, embajador. Ésta era una cárcel de la República en la que hubo durante un par de años presos franquistas».

Su honestidad y diligencia para aclarar la duda que le planteé eran encomiables, pero ¿cuánta gente en el pueblo, en otros sitios de Andalucía, en España, recibe ahora unos recuerdos históricos en los que todo es negro o blanco?